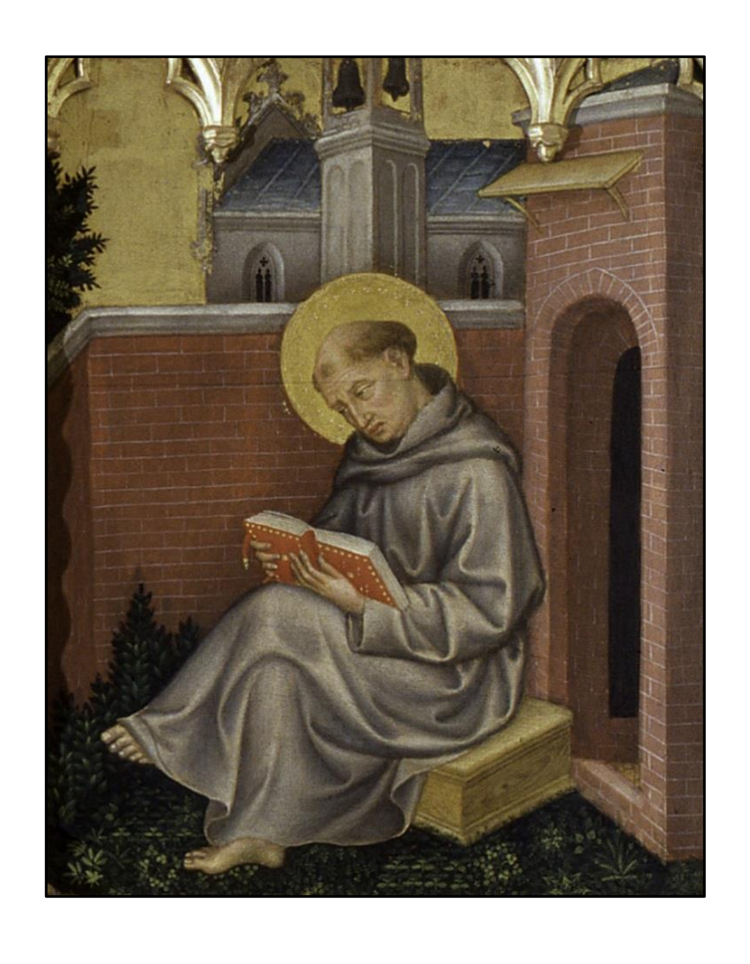
Introducción a la Filosofía



subsistens



Cuando[1] uno tiene que hacer una Introducción a la Filosofía se encuentra con una gran cantidad de problemas. Y uno de esos problemas involucra no sólo todo lo que conlleva hablar de "filosofía" sino también lo que implica "introducir" a alguien en alguna materia. Ahí es cuando uno toma conciencia de que no sólo es importante cuántos conocimientos puedan tenerse sobre el asunto, sino cuántos de ellos ha podido sopesar, criticar, repensar, fundamentar, y volver a asumir o rechazar. Y esto no se adquiere leyendo libros, al menos no solamente, sino viviendo. La experiencia no es cosa menor cuando uno hace filosofía, pero es también cierto que uno no puede adquirirla más que dando al tiempo vivido el valor y el peso que le corresponde. Desde ya que sería un grave error pensar que cualquiera adquiere la cualidad de "filósofo" por el mero hecho de vivir. La nota diferencial entonces está en el "valor", el "peso", el "sentido" que uno pone en ese tiempo. Dicho esto, podrá el lector disculpar el poco tiempo

[1] Conferencia realizada el 24 de Octubre de 2021 dirigida para jóvenes de la Acción Católica.

vivido de este servidor, y que tratará de solventar contando el valor que en él depositó.

Cuando uno empieza a aprender matemática, no empieza por estudiar su naturaleza, clasificación, método, etc. Sino que se introduce en la matemática contando, sumando, restando y demás. Digamos que uno comienza a aprender matemática "haciendo" matemática. Curiosamente, cuando uno se introduce en la filosofía, cuando uno toma en sus manos un libro de "Introducción a la filosofía", se encuentra con clasificaciones, definiciones, etc. Y esto tiene ciertamente su finalidad pedagógica y hasta lógica, pero no deja de ser llamativo y curioso. Nos dice Roger Verneaux que *"en el frontispicio de todo manual deberían inscribirse en moldes de oro estas palabras de Bergson: 'La filosofía, como todo lo demás, se aprende'"*. Pero yo digo que en el frontispicio de todo manual y de toda introducción de filosofía deberían inscribirse en moldes de oro estas palabras de Verneaux: *"La filosofía únicamente se comprende haciéndola, y después de haberla hecho"*. [2]

Como si ya hubiésemos lanzado la cuestión al aire, esperaremos al final de esta conferencia para

---

[2] Verneaux, Roger, *Introducción general y lógica*, Herder, 1989, pág. 9.

atraparla nuevamente y así entender, o al menos intentar entender, qué significa esto.

Sabemos por Cicerón[3] que el término filosofía es creación de Pitágoras, pero que la tradición remonta su origen a los discípulos de Platón. Este término tiene su raíz del griego: φιλεῖν (amar) o φίλος (amor), y σοφία (sabiduría). Pitágoras afirmaba con modestia que la sabiduría es en verdad algo propio de los dioses, y que a nosotros no nos es posible, o al menos no nos es digno, no nos es propio, y no corresponde a nuestra naturaleza humana darnos derecho de posesión sobre esta. Pero, en cambio, lo que sí podemos hacer es anhelarla, buscarla, amarla. De allí que el filósofo sea *amante del saber.* Dice a este respecto Aristóteles:

> Se puede estimar con razón que la posesión de la sabiduría es algo más que humano. En efecto, la naturaleza humana está esclavizada en tantos aspectos, que, según Simónides, sólo Dios puede gozar de este privilegio[4].

Y a este fragmento comenta Sto. Tomás:

---

[3] *Tuscul.*, v, 3, 8.

[4] *Metafísica*, I, 2. En adelante "*Meta*".

> Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, desde que se usó por primera vez el nombre de sabiduría, se cambió [luego] al nombre de filosofía. Porque se toman por lo mismo. Porque cuando los antiguos, que persistieron en el estudio de la sabiduría, fueron llamados sofistas, es decir, sabios, Pitágoras, cuando se le preguntó qué profesaba ser, se negó a nombrarse sabio como sus predecesores, porque parecía [un nombre] presuntuoso; pero se llamaba a sí mismo filósofo, es decir, amante de la sabiduría. Y a partir de ese momento el nombre de sabio fue cambiado por el nombre del filósofo, y el nombre de la sabiduría por el nombre de filosofía.

Siguiendo estos fragmentos vemos rápidamente que nuestra tarea consistirá en desvelar qué significa *sabiduría,* y de qué manera es que corresponde ser amada.

Entonces, ¿qué significa ser sabio? Para los antiguos griegos *sabio* significaba en general aquel que era excelente y experimentado en lo que hacía. Los griegos llamaban sabio, en un principio, a aquel que sabía desempeñarse en su labor, pensemos en un carpintero o un herrero experimentados. Luego este término pasó a significar la habilidad en lo que hoy

se llaman bellas artes: música, poesía, etc. Más tarde, le dieron este nombre al *teórico*, al hombre capaz de ver lo general, de ver las causas de las cosas, es decir, aquel capaz de explicar *porqué* las cosas suceden de esta u otra manera o porqué deben hacerse así. Pero no pensemos en un hombre, por lo menos no todavía, apartado de la sociedad para meditar sobre los grandes problemas de la existencia. No. Sabio, en este sentido primigenio que le daban los griegos, es aquel que puede ver los principios y las causas de las cosas que cotidianamente involucran al hombre. Y entonces, el *sophos* de una obra era el arquitecto, el *sophos* de una tragedia no eran los actores, sino el dramaturgo; y el *sophos* de la *sophia*, es decir del saber en general, era el *sofista*.

Estos, sabio y sofista, eran en un principio sinónimos. El sofista era un hombre sobresaliente, un maestro en su terreno. Personas sumamente cultas y estudiosas que se dedicaban a la enseñanza. Sólo después asignaron los griegos este nombre a los que sabían "hablar con elocuencia", arte sumamente útil en la democracia ateniense. Por último, adquirió el tono negativo que persiste hasta nuestros días: un sofista entonces era aquel que sabía de retórica, del arte del discurso, que manejaba argumentos engañosos, y que buscaba engañar o corromper a la

juventud, que podía hacer parecer loable y bueno lo que es vil, y que, encima, cobraba por sus enseñanzas, sobre todo a las familias pudientes de aquella Grecia.

Por otro lado, el término sabiduría proviene de *sapientia*, que es latino, el cual procede, a su vez, de sapere: saborear, degustar, tener buen gusto, buen paladar. Lo que es análogo a decir buen conocedor o que juzga acertadamente sobre cualquier materia.

Siguiendo a Sto. Tomás, y a partir de este esbozo etimológico, podemos ver seis características de la sabiduría:

> De todo lo cual se puede formar una descripción certera de la sabiduría: de modo que se llama sabio al que sabe **todas las cosas**, **incluso las difíciles**, con **certeza** y **por las causas**, buscando [el] **conocer por sí mismo**, **dirigiendo** y persuadiendo a los demás.[5]

[5] *In Meta*., I, 2, n°43. Cf. *Contra Gentiles*, I, c.1.: "En cambio, se reserva el nombre de sabio con todo su sentido únicamente para aquellos que se ocupan del fin universal, principio también de todos los seres. Y así, según el Filósofo, es propio del sabio considerar las causas más altas."

Como podemos observar, la sabiduría admite grados, en razón de que es una noción análoga[6]: se dice en muchos sentidos, y todos ellos comparten cierta semejanza y cierta desemejanza. Pero, y ante todo, esos distintos significados no guardan relación "horizontal", sino vertical, jerárquica. Por lo tanto, parece imprescindible averiguar de qué manera se articula esta jerarquía, es decir bajo qué criterio, y en cuáles de ellos corresponderá ubicar a la filosofía.

Digamos, antes de lanzarnos directamente a este asunto, que la sabiduría es uno de los cinco hábitos intelectuales: *inteligencia*, *ciencia*, *sabiduría*, *arte* y *prudencia*. Un hábito es una disposición del espíritu generada por la repetición de actos libres. Así, por ejemplo, si yo realizo constantemente actos justos, entonces comenzaré a generar un hábito que me dispone a realizar actos justos con facilidad y agrado, y que es lo que llamamos justicia. Lo mismo sucede con los hábitos intelectuales.

De los cinco que mencionamos, los tres primeros se llaman "especulativos" o "teóricos"[7] porque disponen nuestro espíritu a considerar la

---

[6] Distinta es la *univocidad* (semejanza perfecta) y la *equivocidad* (absoluta desemejanza). Cf. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía abreviado*, Ed. Sudamericana, pág. 32-33.

[7] Teoría viene del griego *θεωρειν, theorein,* ver, contemplar.

verdad por sí misma y no a dirigir nuestras potencias para la acción (práxis). Los dos últimos, por el contrario, disponen nuestro intelecto a dirigir nuestras acciones, y por eso se llaman "prácticos".[8]

El *habitus* de *inteligencia* (que no hay que confundirlo con la inteligencia como facultad del alma) es aquel que nos dispone a conocer los primeros principios de la demostración que son evidentes e indemostrables ("el todo es mayor que las partes", "no es posible que algo sea y no sea al mismo tiempo y en el mismo sentido"[9], "todo es idéntico a sí mismo"[10], "todo efecto tiene una causa", etc.). El hábito de *ciencia* dispone nuestro intelecto a adquirir el conocimiento de las conclusiones de la demostración o, dicho de otra manera, a conocer las verdades demostradas. El hábito de *sabiduría*, es aquel que dispone nuestro espíritu a la consideración de las causas primeras. El *arte*[11] es la aplicación de la razón a la fabricación de objetos. Y por último, la

---

[8] Del griego πρᾱξις, praksis, acción.

[9] Que los filósofos llaman *principio de no contradicción*.

[10] El llamado *principio de identidad*.

[11] Del griego τέχνη, techne, producción o fabricación.

prudencia es a aplicación de la razón a la dirección de los actos humanos[12].

De esta manera, la sabiduría es el hábito que nos permite remontarnos al conocimiento de las causas primeras o últimas.[13]Esta es, siguiendo a los clásicos, la principal característica de la sabiduría. A partir de la contemplación (θεωρέω) de la realidad, del maravillarse ante ella, del asombro de su esplendor, es que podemos comenzar la búsqueda de sus causas, y de sus causas últimas. Lo cual se traduce en un incesante preguntarse por el *"porqué"* de las cosas. Y esta no es una cuestión menor, y hoy día muy olvidada. Por lo general los estudios introductorios se ven abarrotados de manuales interminables. Y aún cuando es importante y valorable la exposición del orden lógico de los problemas presente en los mismos, la filosofía no está en germen en los libros, sino en la misma realidad. En definitiva, todo logro filosófico, sea en manuales o en una charla, sea por uno mismo u

---

[12] Los latinos clasificaban estos hábitos en: *recta ratio speculabilium* (inteligencia, ciencia y sabiduría), *recta ratio factibilium* (arte) y *recta ratio agibilium* (prudencia).

[13] *Primeras en el orden del* ser (consideradas por sí mismas), pero *últimas en el orden del conocer* (consideradas desde nuestra perspectiva, son las más difíciles de alcanzar por nuestra razón y, por lo mismo, las últimas).

obtenido por otro, ha sido como extraído de la mina preciada del ente.[14]

Sobre aquel maravillarse, origen y puerta del filosofar, nos dice Aristóteles:

> … los hombres —ahora y desde el principio— comenzaron a filosofar al quedarse maravillados ante algo, maravillándose en un primer momento ante lo que comúnmente causa extrañeza y después, al progresar poco a poco, sintiéndose perplejos también ante cosas de mayor importancia, por ejemplo, ante las peculiaridades de la luna, y las del sol y los astros, y ante el origen del Todo. Ahora bien, el que se siente perplejo y maravillado reconoce que no sabe (de ahí que el amante del mito sea, a su modo, «amante de la sabiduría»: y es que el mito se compone de maravillas). Así, pues, si filosofaron por huir de la ignorancia, es obvio que perseguían el saber por afán de conocimiento y no por utilidad alguna. Por otra parte, así lo atestigua el modo en que sucedió: y es que un conocimiento tal

[14] Del latín *ens*, participio presente de *esse* (ser). El ente, dice Sto. Tomás, es *aquello que es (id quod est)*, que participa en primer lugar del acto de ser. Designa a toda cosa que es, que nos rodea, y que concentra en sí toda su existencia que ha sido recibida de Dios como *Ipsum esse* (Ser Mismo).

> comenzó a buscarse cuando ya existían todos los conocimientos necesarios, y también los relativos al placer y al pasarlo bien. Es obvio, pues que no la buscamos por ninguna otra utilidad, sino que, al igual que un hombre libre es, decimos, aquel cuyo fin es él mismo y no otro, así también consideramos que ésta es la única ciencia libre: solamente ella es, en efecto, su propio fin.[15]

Digamos algo más acerca de aquella primera noción de sabiduría que nos dio Sto. Tomás. Ya expusimos su característica más importante, que es el buscar las causas últimas de las cosas. Dijimos que es propio del sabio (entendido en este sentido superlativo) el *conocer todas la cosas*. Ciertamente no es posible conocer todas las cosas *singularibus,* singularmente, una a una.[16]Sería esta una tarea imposible. Más bien las conoce a todas en lo que tienen de común y profundo, es decir, en sus principios y causas, y de entre ellas, las más altas y últimas.

Además, y aquí seguimos el texto citado de Aristóteles, la sabiduría no se ama en razón de su utilidad. Algo útil es por definición algo servil, que

---

[15] *Meta*, I, 2, 982b.

[16] *In Meta.*, I, 2, n°36.

sirve, que se subordina a algo otro de lo cual obtiene su dirección. La sabiduría es buscada por sí misma, y por eso la filosofía es la más *liberal*[17] de las ciencias. Las cosas honestas y nobles, se buscan, se aman por sí mismas, mas a la vez que no son serviles ellas, nos hacen libres a nosotros… sirviéndolas a ellas. Enorme paradoja.

Ciertamente no es el maravillarse y el contemplar en una situación de *ocio*[18] el único origen del filosofar. Decimos origen no en sentido histórico, sino antropológico. Es decir, aquello que mueve al hombre concreto a buscar saber. Pero sí es el principal, y parece ser el *typo* de los otros orígenes, a saber: la duda, las situaciones límites, los problemas religiosos o los interrogantes de las demás ciencias.[19] Como dice Aristóteles, aquel que se maravilla reconoce que no sabe. Y por lo mismo se reconoce pequeño ante la inmensidad de la nobleza de lo existente. Como Alicia, debe hacerse pequeño, para

---

[17] Aquí uso liberal tal y como los medievales, como sinónimo de libre. Ya vemos cuán olvidado quedó este termino que liberal hoy tiene una connotación totalmente distinta.

[18] Con ocio no nos referimos a "pereza", sentido habitual en nuestros días, sino a la *sjolé* griega o lo que los latinos llamaban *otium*, disposición del espíritu para la contemplación o *theoría*.

[19] Cf. Casaubon, Alfredo, *Nociones generales de lógica y filosofía*, 1985, pág. 4-5.

entrar en un mundo más basto. Esta humildad inicial, esta modestia que ya vimos que caracterizó a Pitágoras, es la primera actitud, y la consecuente de aquel que desea remontar vuelo hacia las causas. El corazón humano, tanto en el orden intelectual como en el moral, late entre estas dos actitudes: el reconocerse pequeño y el reconocer la grandeza de lo otro. Y así resuenan las palabras del Evangelio: *"… el que quiera llegar a ser grande entre ustedes, será su servidor"*[20]. Y en el libro de los Proverbios se lee: *"El sabio escucha y aumenta su saber"*[21]. Así como en la vida espiritual no cabe lugar para Dios en un corazón lleno del mundo, así en la vida intelectual no cabe lugar para la sabiduría en una mente atontada con el ruido del mundo y orgullosa. Para llenarse, entonces del conocimiento de las causas más altas, es preciso hacerse pequeño frente a la grandeza del ente. Escuchar al ente, que sabemos por fe, es imagen de la Palabra creadora de Dios.

Mas digo, la filosofía, tal y como venimos explicando, parecería ser antes que un conocer un

[20] *Mt*., 20, 26.

[21] 1, 5. Y en *Ecl*., 2, 14 se lee: "*El sabio tiene sus ojos abiertos*". Y el oído atento, también aplica a la analogía.

amar. Ama quien buscar el bien de lo otro[22], tal y como entendían los antiguos. ¿Qué podemos nosotros dar al ente que ya no tenga? Si las cosas mismas nos hablan, más si sabemos por fe que son creación de la Palabra, se completa en nuestra intelección de las cosas mismas y en nuestro enseñar a los demás, el propósito para el que fueron hechas. Contemplando la realidad y amándola no sólo llenamos nuestro espíritu del conocimiento de las cosas y sus causas, sino que nos hacemos parte del ser, del lenguaje de la realidad. No en vano Dios hizo desfilar delante de Adán las cosas para que él las nombre[23].

Y por esto mismo, es connatural al filósofo enseñar la verdad contemplada, transmitirla, "dirigir y persuadir" dice Sto. Tomás[24]. Por caridad, claro está. Que poco lugar, o nada, tiene acá la vanagloria. Como nos enseña Platón en la República, en aquella famosa alegoría de la caverna, el que era esclavo en las tinieblas y saliendo contempla las cosas

---

[22] Aristóteles, *Retórica*, L. II, c.4, n. 2. Citado en *S. Th.*, I-II, c. 26, a. 4, c.

[23] *Gn.*, 19-20.

[24] Ser capaz de *ordenar* dicen también los antiguos. Cosa importante para distinguir la filosofía de las ciencias llamadas "particulares".

iluminadas y el Sol que las ilumina, vuelve a bajar a la profundidad subterránea para libertar a los otros[25]. Muchas veces, cuando se lee esta alegoría, se omite decir que aquel que baja para enseñar lo que contempló en la superficie es asesinado por los otros infelices encadenados:

> Y si cuando su vista se halla todavía nublada, antes de que sus ojos se adapten a la oscuridad –lo cual no exige poco tiempo-, tuviera que competir con los que continuaron encadenados, dando su opinión sobre aquellas sombras, ¿no se expondrá a que se rían de él? ¿No le dirán que por haber subido a las alturas ha perdido la vista y que ni siquiera vale la pena intentar el ascenso? Y si alguien ensayara libertarlos, y conducirlos a la región de la luz, y ellos pudieran apoderarse de él y matarlo, ¿es que no lo matarían?
>
> - Con toda seguridad –dijo [Glaucón][26]

Y así vemos otra característica del filósofo, que aunque no la nombra Sto. Tomás está bien que la nombre yo. Y es que el filósofo es un loco entre

[25] VII, 516c.

[26] Ibid., 517a.

cuerdos, ¿o quizás un cuerdo entre locos? Este amor, desinteresado por el saber, esta búsqueda humilde, y el afán amoroso de dar a los demás lo contemplado, implica cierto desdén y a veces hostigamiento de los demás. Supo decirlo también Platón en la "*Apología de Sócrates*", contando el triste final de su maestro, y lo dijo también en la citada República, pero también, con sobrada elocuencia, lo dice en el Fedro:

> Por ello precisamente es la mente del filósofo la única que con justicia adquiere alas, ya que en la medida de sus fuerzas está siempre apegada en su recuerdo a aquellas realidades [las Ideas, el Sol de la República], cuya proximidad confiere carácter divino a la divinidad. (...) Saliéndose siempre fuera de los humanos afanes y poniéndose en estrecho contacto con lo divino, es este hombre reprendido por el vulgo como si fuera un perturbado, mas al vulgo le pasa inadvertido que está poseído por la divinidad. (...) esa locura que se produce cuando alguien, contemplando la belleza de este mundo, y acordándose de la verdadera [Belleza], adquiere alas, y de nuevo con ellas anhela remontar el vuelo hacia lo alto; y al no poder, mirando hacia arriba a la manera de un pájaro, desprecia las cosas de abajo, dando con ello lugar a que le tachen de

loco- y aquí se ha de decir que es ése el
más excelso de todos los estados de rapto,
y el causado por las cosas más excelsas.[27]

En este punto, y ya consideradas las principales características de la sabiduría y del sabio, digamos que la filosofía es el *conocimiento de todas las cosas, por sus causas primeras o últimas, adquirido con la luz natural de la razón.*

La filosofía, por lo tanto, investiga todas las cosas, no hay realidad que quede fuera de su lente[28]. Y las considera todas en lo que tienen de común, de más profundo y determinante, a saber, sus causas últimas[29] o primeras.

Aclaremos que la sabiduría admite grados, es un concepto "análogo"[30]. Por esto es que se pueden distinguir distintos niveles de penetración en las causas de lo real.

La primera gran distinción hay que hacerla entre el saber buscado por sí mismo, como contemplación de lo real y búsqueda de sus causas

---

[27] 249C-250A.

[28] Lo que en lenguaje técnico se llama *objeto material*, aquello que considera una ciencia en primer lugar.

[29] Este es el *objeto formal*, es el aspecto que específico que se considera del objeto material.

[30] Ver nota n°6.

por el mero hecho de conocer, o lo que se llama filosofía *especulativa* en lenguaje técnico. Y, por otro lado, el saber en orden a proporcionar los principios de la acción, o lo que se llama filosofía *práctica*.

Dentro de la filosofía especulativa podemos distinguir, a su vez, su parte instrumental que es la *Lógica*, o su parte principal: la *Filosofía natural* o *Filosofía de la Naturaleza* (consideración del ente mutable en cuanto tal) y la *Metafísica* (consideración del ente en cuanto ente), que es el grado más elevado de conocimiento que se puede adquirir de las causas de lo real.[31]

Por último, dentro de la filosofía práctica podemos distinguir el saber del obrar, que es la *Ética o Moral*, o el saber del *hacer* que es el saber de los principios de la *producción técnica*. La diferencia entre uno y otro es sencilla: en la Ética se adquiere el conocimiento del mismo obrar del hombre en orden a su propia perfección. Dicho en el lenguaje de la escuela, se consideran las operaciones inmanentes, que permanecen en el sujeto para perfeccionarlo (como el amar y el comprender). En la técnica, o

---

[31] Algunos agregan aquí la Filosofía matemática, otros simplemente la incluyen dentro de la Filosofía de la naturaleza. El problema estriba en que el número, ente cuantificado, no es mutable. Cuestión para los académicos.

filosofía del hacer, se adquiere el conocimiento de los principios que dirigen la perfección de algo distinto del hombre, es decir, de lo fabricado por él[32]. Es decir, se considera aquí la actividad transitiva, que se dirige al exterior del mismo sujeto para modificar algo distinto de él.

Hecha la distinción dentro de la misma filosofía, cabe también distinguir la filosofía de las demás ciencias. Nos dice Sto. Tomás que: "*La ciencia concluye a partir de las causas inferiores. La sabiduría, en verdad, considera las causas primeras, por esto se dice que es cabeza de todas las ciencias*"[33].

Las llamadas "*ciencias particulares*" tienen dos diferencias fundamentales con la filosofía, y que los antiguos llamaban simplemente "sabiduría". En primer lugar, como su nombre lo indica, las ciencias *particulares* consideran (tienen por objeto material de estudio) una *parte* de la realidad. Ellas toman sólo un sector de las cosas, mientras que la filosofía las estudia todas. En segundo lugar, las ciencias particulares estudian una parte de la realidad, desde las *causas segundas* o *próximas* (objeto formal),

[32] *In Meta*, VI, n°1152.
[33] *In Meta*, I, 1, n° 34.

mientras que la filosofía estudia todo desde sus causas primeras o últimas.

Es decir, hay no sólo una distinción de amplitud, sino también de profundidad. Y no debemos caer en el error de asumir que unas y otras se contradicen, absolutamente hablando, sino que, por lo mismo que la filosofía es cabeza de todas, tiene una función ordenadora, rectora, de las ciencias. Les proporciona los fundamentos e incluso el método, para que ellas puedan desplegarse en su campo propio de investigación. [34] Pensemos, por ejemplo, en un meteorólogo. Este, como científico, se conformará, para lograr la finalidad de su disciplina, con explicar las causas de la lluvia: humedad, presión, temperatura, etc. Pero como meteorólogo no indagará más allá de estas cuestiones, preguntándose por las causas de la mutación de los entes físicos o por su constitución intrínseca. Este es campo del filósofo, y bajo cuyas conclusiones se dispondrá el meteorólogo a ejercer su proceder científico. De allí que en muchas ocasiones los errores científicos se siguen de asumir errores filosóficos. Y lo mismo rige a la inversa. Si el filósofo intentara descender al

---

[34] "La sabiduría –dice el Aquinate- sin embargo, es rectora (ordinare), y por esto es la ciencia más alta (scientia altissima) que a todas ellas regula y ordena". *Trin.*, 2, 2 ad 1.

campo de las causas segundas, entonces dejará el terreno propio del filosofar, para entrar en el terreno del proceder científico. Así también podemos entender que muchos yerros filosóficos comiencen por intentar explicar cuestiones elevadas apelando a las causas segundas. Non sequitur.

Agreguemos que hoy por hoy abunda una mirada muy pusilánime respecto del lugar que ocupa la filosofía en el cortejo de las ciencias. Muchos consideran que todo aquello que es de "materia filosófica" es, por esto mismo, materia absolutamente opinable (es decir, carente de rigor científico, de firmeza silogística o de capacidad de alcanzar certeza alguna). Otros reducen la filosofía a una poesía en prosa, una cuestión meramente estética que, a lo sumo, puede cumplir la misma función que un libro de autoayuda. Ambas posturas son erróneas. ¿La filosofía es una ciencia? Si y no. Es una ciencia en el sentido de que alcanza certeza, puede alcanzar las verdades más altas respecto de todas las cosas, aportar fundamentos sólidos sobre los que las demás ciencias pueden progresar saludablemente, y para dar cuentas de esto basta con ver que en los albores de las ciencias modernas aún con una distinción embrionaria entre filosofía y

ciencias particulares, casi todos los filósofos eran también grandes científicos (veamos los aportes de Descartes en Óptica, Fisiología, Mecánica, Geometría, etc.) y grandes científicos que eran también filósofos (Copérnico, Galileo, Kepler, Leibniz, Bacon, Newton, etc.). Pero en otro sentido la filosofía no es una ciencia, es decir, no lo es como las ciencias particulares, porque es ante todo sabiduría, y la más alta que puede alcanzar el hombre por sus solas fuerzas. Es por esto que es madre de todas las ciencias, su tutela y tutora, su cabeza y la única que puede reflexionar sobre sí misma y sobre las mismas ciencias. Pero por lo mismo que le cabe tan grande responsabilidad, es preciso y justo decir que es también culpa de los filósofos el haber dejado al desamparo a los dislates y locuras de las ciencias modernas. Lo fue allí al comienzo con Descartes, lo fue luego con Kant y lo es hoy con gran cantidad de pusilánimes que asumen que la filosofía es poesía en prosa o que no tiene vocación a la verdad.

Ya distinguidas la filosofía y las ciencias particulares, digamos algo de la relación entre filosofía y teología.

Dijimos anteriormente que la sabiduría es una realidad "análoga", admite grados. En esta gradación no hay un ordenamiento horizontal, sino vertical. Y

así como la sabiduría humana, o filosofía, es cabeza de las ciencias, la teología es cabeza de la filosofía y de las demás ciencias. De modo que por la Metafísica (que es la más alta sabiduría humana) podemos incluso penetrar ciertas verdades relativas a Dios, y de allí que Aristóteles llame también teología a la Metafísica[35]. Tanto estas verdades (que podemos alcanzar por el discurrir racional) como otras inaccesibles a nuestra razón fueron Reveladas por Dios por ser ambas necesarias para la salvación del hombre.

En esta gradación óntica de la sabiduría tenemos entonces a la metafísica como la sabiduría humana más alta, a Dios como Sabiduría suprema, y en medio de ambas la sabiduría que llamamos Teología[36]. Esta tiene por principio las verdades reveladas por Dios, de donde extrae, por la razón *iluminada por la Fe*, sus conclusiones. Ella, como ciencia superior se sirve de la filosofía cuando así lo requiere, pero ni ella depende necesariamente de la filosofía, ni esta está ordenada naturalmente a servirle. Ambas son autónomas, pero

---

[35] *Meta*., VI, 1026b.

[36] Ahora sí, teología propiamente hablando, es decir, sobrenatural, a diferencia de la metafísica que es teología natural.

complementarias según el caso[37]. Además, la Teología utiliza fundamentalmente la argumentación por autoridad, mientras que en la filosofía esta argumentación guarda, cuando más, carácter meramente probable. Por último, el filósofo parte, como ya dijimos, de la contemplación de la realidad, de la experiencia sensible penetrada por la inteligencia; de allí toma los principios que le permiten proceder filosóficamente. Jamás un filósofo, en cuanto filósofo, puede tomar como fundamento la verdad revelada. Cosa distinta es afirmar que sí puede, y debe, ser guiada por la teología que como *"sedes amicus"*, estrella amiga, la lleva a puerto seguro cuando indaga sobre las cuestiones más altas.

Respecto de esta entrañable amistad, o que al menos debería ser una entrañable amistad entre teología y filosofía, que es como decir, entre fe y razón, hoy hay al menos dos posturas que rompen este lazo. Por un lado está eso que podríamos llamar progresismo teológico. Tiene múltiples manifestaciones, y en múltiples ámbitos, en lo litúrgico, en la disciplina de los seminaristas y sacerdotes, en el apostolado, en la educación catequética, en el lenguaje corporal y oral, pero sobre

[37] *S. Th.*, I, 1, 5 ad 2.

todo, y que es quizás lo que ahora más nos interesa, se caracteriza por una clara renuncia respecto de una sólida formación teológica. Los seminarios, de los que uno espera que salgan sacerdotes que conozcan mínimamente su fe, son centros de formación de "tik-tokers" influencers de la diversidad, la inclusividad, y de cuantas fruslerías dulzonas puede uno escuchar que nada tienen que ver con la fe ni con el catecismo. Queda claro, clarísimo, que no es prioridad la formación en teología dogmática, de una profunda formación bíblica sostenida por el conocimiento de la interpretación Patrística, que es quizás la más importante dentro de toda la gran Tradición de la Iglesia. Ahora bien, para poder tener una formación, digamos, elemental sobre estas materia, es necesario también tener una formación, al menos elemental sobre filosofía: Antropología filosófica (sobre todo para Cristología), Metafísica (por ejemplo para entender cómo es que sucede la Creación, y cómo se manifiesta la Trinidad en ella, etc.), Filosofía de la Naturaleza (para entender la Eucarístía), Ética y Moral (diferencia básica entre virtudes adquiridas e infusas y dones), etc. Nada de esto sucede en los seminarios y ya ni que decir que Sto. Tomás no aparece más que como modelo de una época oscura

y violenta que es la época de las Cruzadas. Y fin. Ahí se terminó la cosa por parte de la formación teológica.

Pero no todo es culpa de la teología y del clero felón, los filósofos también hicimos nuestra parte. El divorcio lo anunciaron los racionalistas de los siglos XVII-XVIII y siguientes. Ellos rompieron vínculos con la fe, en pro de eso que llamaban "el libre pensamiento", de superar el oscurantismo medieval y comenzar a hablar de las verdaderas cuestiones que son las cuestiones humanas y sociales y de los grandes misterios de un Universo autosuficiente garante de su propio devenir y que puede ser explicado sin recurrir a teorías infantiles o mitos del pasado. Todo en pro, como dijimos, de libertar el pensamiento, al hombre y de llevarlo a nuevas luces, a un mundo donde los dictámenes verticales de Reyes y Dioses ya no impongan sus caprichos teológicos. Todo esto, que suena muy lindo, es lo que se propusieron los Iluministas, liberales, racionalistas y masones abanderados de la modernidad. Lejos de lograr nada de esto que acabamos de esbozar, pretendieron quitar unas cadenas para poner otras, porque quitaron poder al Rey para dárselo al Estado moderno, le quitaron poder a Dios (como si tal cosa pudiese suceder sin permisión de este) para dársela a

los ideólogos del Superhombre, disgregadores del hombre como ser trascendente, a los ideólogos marxistas, disgregadores de naciones y a los ideólogos liberales, disgregadores de todo lo que signifique comunidad y arraigo a la Patria. Ya vimos las terribles consecuencias de todas estas locuras y a donde fueron a parar dos siglos de "progreso" naturalista cuando se chocaron con la inmensa pared de 1914. Un mundo entero en guerra, por haber perdido la fe, pero sobre todo por perder la misma razón a fuerza de racionalismo.

Concluyamos pues cruzando a todo esto una cuestión crucial. Está muy bien hablar sobre qué es la filosofía, y podemos, con fundamento, indicar su intrínseco valor a partir de todo lo que dijimos antes. *"La filosofía únicamente se comprende haciéndola, y después de haberla hecho"*, dice Roger Verneaux. En definitiva, la sabiduría es un *habitus*, y los hábitos sólo echan raíces en el alma humana cuando se ejercitan, cuando se ponen en acto. Ahora bien, pareciera ser que en el filosofar, el acto filosófico en cuanto tal, parte no de un acto-acción, sino de un acto de apertura del alma, de un acto-receptivo, de eso que llamamos *ocio*. Esto que el mundo se ha encargado de trastocar en pereza. No se puede entender esta transmutación de su sentido si no se

entiende que aquel que cesa la actividad productiva y utilitaria es visto como un vago, como un inútil a los ojos de la inmediatez que invade por doquier, de un "perturbado" como nos decía Platón.

El filósofo Josef Pieper en un magnífico libro titulado *"El ocio y la vida intelectual"*[38], señala que hay, al menos, cinco tipos de personas que trascienden el mundo netamente utilitarista que transitamos: el filósofo, el poeta, el religioso, el que ama y quien es consciente de la muerte[39]. Todos ellos, de alguna manera, salen de la vorágine, aniquilan la perspectiva de la utilización racional, del trabajo, todas realidades asentadas en el mundo que Pieper observaba. Nosotros podemos agregar muchas otras: la digitalización del pensamiento en las redes sociales y la estrechez del lenguaje, ambas encadenadas en los caracteres limitados de un "tweet", la fugacidad y banalidad de los placeres que las modas ponen a disposición del "usuario", la insaciable búsqueda de lucro en cada actividad que realizamos, la frivolidad de la pastoral resultadista aggiornada al modo del mundo, el desarraigo del hombre cosmopolita que a todos lados viaja y que en

---

[38] Rialp, 5ta edición, Madrid, 1983.

[39] Ibid., pág. 86.

ninguno echa raíces, la celeridad del consumo tanto material como ideológico donde uno puede tomar y dejar sin sopesar, sin meditar, sin esfuerzo ni sacrificio que lo medie, y cancelar el pedido si así lo desea (apliquemos esto no sólo a la comida, también a las relaciones entre las personas, a las ideologías y las prácticas pseudo-religiosas), y a cada paso, cada instante, cada cosa que emprendemos salta a nuestra mirada el "ver siguiente episodio y saltar intro". Rehenes de la inmediatez, del todo ya y nada para después. Imaginemos por un segundo que en la vorágine de este mundo sin substancia un hombre se detuviera a hacer esta pregunta: *"¿por qué hay algo y no más bien nada?".* ¿No será tenido por loco, imbécil, "bizarro" o perturbado?

Dice Sto. Tomás, comentando a Aristóteles, que tanto el filósofo como el poeta tienen en común el *maravillarse* (*mirandum*). Pero para maravillarse, para contemplar, hay que detenerse, "perder tiempo" le dicen hoy, ponerse en actitud de *ocio* le decían los antiguos y que no es perder el tiempo, es depositarlo como una semilla en nuestra alma y en las cosas, para trascenderlas y poder figurarnos su cristalina realidad. Es por un momento dejar de percibir su opacidad utilitaria, para ver a través de ellas como ventanas existenciales. Es compromiso y

domesticación, decía Antoine de Saint-Exupery. Así, cuando uno entiende que la naturaleza humana sólo puede ser tierra fértil de virtudes, de nobleza, de grandeza y humildad, cuando uno trasciende la celeridad del tiempo y deposita en él un instante de eternidad, se sumerge en eso que los antiguos llamaban *culto*. Sólo de esta manera adquiere sentido lo cotidiano: cuando indica a un más allá transido de perpetuidad. Por esto es que, nos sucedió a muchos, la religión cada vez más se ha convertido en el último bastión de cordura del mundo, en depositaria no sólo de la fe, sino también de la razón y el sentido común. Y es por esto, decimos, que muchos comenzamos a filosofar luego de un proceso de conversión.

Dice Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*, en un fragmento que quedará por siempre como uno de los más oscuros e incluso místicos del Filósofo:

> Ésta [la vida contemplativa], entonces, será la perfecta felicidad del hombre, si ocupa todo el espacio de su vida, porque ninguno de los atributos de la felicidad es incompleto.
> Tal vida, sin embargo, sería superior a la de un hombre, pues el hombre viviría de esta manera no en cuanto hombre, *sino en*

> *cuanto que hay algo divino en él*; y la actividad de esta parte divina del alma es tan superior al compuesto humano. Si, pues, la mente es divina respecto del hombre, también la vida según ella será divina respecto de la vida humana. Pero no hemos de seguir los consejos de algunos que dicen que, siendo hombre, debemos pensar sólo humanamente y, siendo mortales, ocuparnos sólo de las cosas mortales, sino que debemos, en la medida de lo posible, *inmortalizamos* y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros; pues, aún cuando esta parte sea pequeña en volumen, sobrepasa a todas las otras en poder y dignidad.[40].

Y no nos confundamos: Aristóteles era un filósofo griego del S.IV a. C. Y nos dice, sin titubear, que aquello de más divino que hay en nosotros es la contemplación, y que, por lo tanto, su ejercicio será no sólo razón de la mayor felicidad, sino causa de nuestra inmortalización (Podemos preguntarnos legítimamente: ¿Será posible tal cosa en esta vida? ¿O

---

[40] X, 1077b-1078a. Recomiendo vivamente la lectura de estos fragmentos del libro X de la Ética a Nicómaco donde el Estagirita explica la superioridad de la vida contemplativa, y del ocio como constitutivo de la felicidad propiamente humana.

podemos quizás afirmar que Aristóteles erró en cuanto al estado final en que se da esa contemplación?).

El filósofo, o aquel que se atreva a tomar este nombre en nuestros días e intente remontar vuelo a las causas, que busque inmortalizarse en la sagrada inutilidad de la contemplación, que responda al llamado del esplendor del ente, que sea receptáculo de su intrínseca bondad, verdad y belleza, este, decimos, tiene que comenzar por asumir que su marcha será una marcha contracorriente. Puede ocurrir que, habiendo contemplado el Sol, y retornando a las profundidades de la caverna, la malicia del necio suponga un penoso padecer para el filósofo, o, por qué no, incluso su muerte.

Nuestro mundo, este que hoy nos toca vivir, es contra natura y no es difícil notarlo. Es enemigo de la fe, de la religiosidad, es enemigo de la razón y del sentido común, es enemigo de poeta (del verdadero poeta), es enemigo del amor (de ese amor sacrificado, perpetuo, y desinteresado), y es enemigo de la muerte, de la conciencia de la muerte. Lo difícil es entender que la única manera de volver a ponerlo en su lugar es primero maravillándonos, contemplando, que es como decir, haciéndonos pequeños y agradecidos frente a la sobreabundante riqueza de la

realidad. Sólo la inutilidad de las cosas grandes y nobles, como la filosofía, la poesía, la religión y el amor, pueden dar sentido trascendente, pueden permitir vislumbrar una felicidad que es más que la agridulce felicidad de los vivientes (y del hombre contemporáneo). Sólo deteniendo el tiempo, elevándolo a un instante de eternidad, podemos intentar al menos devolver al hombre y al mundo la cordura que su naturaleza reclama.

